

cunstances que entonces se presentaron. En aquel propio año (1076) falleció su hermano Swiatoslaw (1); sus hijos se indispusieron por capricho con Boleslaw de Polonia, el cual se inclinó de nuevo á Ysiaslaw, y á la sazón ocupó el trono de Kieff Wsewolod, persona cuyo bondadoso carácter no hacía imposible una inteligencia. Cuando Ysiaslaw, en enero de 1077, penetró con algunas tropas polacas en Wolhynia, salióle ciertamente al encuentro Wsewolod; pero los hermanos se pusieron de acuerdo, conviniendo en que Wsewolod dejara á Kieff y volvería á Chernigoff y en que Ysiaslaw ocuparía por tercera vez el trono de gran príncipe (junio de 1077). Ya se comprenderá que en este convenio se aseguraba la sucesión á Wsewolod, de manera que vinieron al suelo todos los planes de Yaropolk. Ya no volvió á hablarse tampoco de la conversión de Rusia al catolicismo y de la influencia del Papa. La solución de todo continuó, pues, como antes, reducida á los odios intestinos y á las luchas entre los jóvenes pretendientes.

Wseslaw de Polozk no había renunciado á sus ambiciosos planes, pues aun cuando había tenido que desistir de gobernar en Kieff, que dominaba el camino del Sur, quería á toda costa apoderarse de Nowgorod, que era la llave del mar de los warangos. En este principado reinaba entonces aquel Gleb á quien Rostislaw había expulsado de Tmutarakan. La joven generación de príncipes rusos cambiaba con mas frecuencia que la antigua el asiento de su soberanía, pues hoy se encontraba en el extremo Noroeste, en las fronteras asiáticas, y mañana en el Norte bárbaro, á donde la impulsaban siempre su ambición y su provecho. El plan de Wseslaw fracasó á consecuencia de las tres campañas que contra él emprendieron los príncipes del Sur de Rusia. La ciudad y el principado de Polozk fueron devastados, dándose en aquella ocasión á conocer por vez primera un príncipe que, algunos años después, debía influir de un modo decisivo en los destinos de Rusia, á saber: Wladimiro Monomaco, hijo de Wsewolod y yerno del último rey anglo-sajón, Harald. En un principio su aparición no fué muy famosa: Wladimiro fué el primer príncipe ruso que tomó á sueldo mercenarios polowzes para que le ayudasen á devastar el país del valiente Wseslaw. La suerte que posteriormente cupo á éste no puede deducirse con exactitud de la crónica; cabe únicamente afirmar que murió como príncipe de Polozk, en 1101, y que su memoria vivió durante mucho tiempo en el corazón del pueblo. Este príncipe fué tenido por hechicero, y el canto de la campaña de Igor refiere que en una noche hizo el camino de Kieff á Tmutarakan y que en Kieff oyó el sonido de las campanas del templo de Santa Sofía de Polozk. Con cierta seguridad puede afirmarse que los sucesos últimamente referidos debilitaron su energía y le obligaron á pasar en paz el resto de su vida.

Culpa del gran príncipe fué si al poco tiempo se encendió en Rusia una nueva guerra civil. Ya hemos referido la muerte prematura de sus hermanos Wiascheslaw é Igor: ambos habían dejado, como Swiatoslaw, hijos menores de edad, pero mientras los de este último habían recibido ya en vida de su padre principados particulares, los de aquellos se habían visto desposeídos de todo. Era, pues, natural que pro-

(1) En el convento de Woskresen se conserva un códice escrito en pergamino en 1073, en cuya primera página vemos pintados con oro y colores á Swiatoslaw, á su esposa y á sus hijos. «El menor es un niño, los demás son adultos; el gran príncipe lleva bigote: todos visten largas túnicas, ceñidas por medio de un cinturón; cubren sus cabezas con altos gorros azules, y la princesa lleva además una toca. El gorro de Swiatoslaw es mas bajo; sobre la túnica lleva éste un manto real: sus botas son verdes.» Karamsin: *Observaciones sobre la historia rusa*, tomo II, página 85 (edición en ruso).

curaran tomar á la fuerza lo que les era negado. Boris, hijo de Wiascheslaw, se apoderó de Chernigoff, pero no pudiendo mantenerse en esta ciudad huyó á Tmutarakan, que era el refugio de todos los descontentos, y donde su primo Roman, hijo de Yaroslaw, le dispensó amistosa acogida. La enemistad que tenía á su tío el gran príncipe subió de punto cuando llegó de Nowgorod su hermano Gleb. Ysiaslaw le había expulsado de sus posesiones, y probablemente de acuerdo con el otro tío viviente, Wsewolod, había arrebatado también sus dominios al otro hermano, Oleg, que como príncipe reinaba en Wladimir de Wolhynia. Los dos tíos distribuyeron entre sus propios hijos los territorios conquistados. La guerra que entonces estalló fué funesta para el gran príncipe. Los sobrinos obtuvieron las primeras ventajas de la lucha, pues Wsewolod fué derrotado por ellos y por ellos fué conquistada Chernigoff; pero no pudieron resistir la alianza de los tíos, reforzada por el apoyo de Wladimiro Monomaco, que á la sazón residía en Kieff. El día 3 de octubre de 1078 libróse junto á Chernigoff la batalla decisiva, en la cual, después de una desesperada lucha, fueron derrotados los sobrinos. Boris pereció en el combate y Oleg huyó á Tmutarakan; pero también Ysiaslaw fué herido mortalmente, recibiendo así el castigo de su injusticia. La crónica refiere extensamente la tristeza que su muerte produjo, pero esto ya de entenderse mas bien por las circunstancias de su fallecimiento y por el hecho de haber sido, después de Yaroslaw, el primer gran príncipe que sucumbía en una guerra civil.

El reinado de Wsewolod, que duró desde 1078 hasta 1093, fué para Rusia mas funesto que el de su hermano, pues ni supo contentar á los sobrinos ni dominar á los descontentos. El hecho de no haber concedido principados mas que á sus propios hijos y á los de Ysiaslaw le indispuso con los demás. En efecto, los hijos de Swiatoslaw y de Igor y los de su sobrino Rostislaw estuvieron constantemente en lucha contra él. Los polowzes y los cazares, aliados con los sediciosos, devastaron el país. Una tentativa que en 1084 hizo el príncipe para apoderarse de Tmutarakan, foco de donde salían incesantemente las llamas, fracasó por completo: además se enemistó con Yaropolk, hijo de Ysiaslaw, á quien había mirado con cierta consideración, y el cual se vió obligado á huir á Polonia, de donde regresó cuando su principado de Wolhynia había sido ya enteramente devastado. Poco después este príncipe fué asesinado, sospechándose que no fueran enteramente ajenos á su muerte los hijos de Rostislaw, que acogieron y defendieron al asesino. En medio del general desorden, el anciano Wseslaw de Polozk desenvainó nuevamente la espada y puso fuego á Smolensko. Críticos por demás eran los momentos por que atravesaba la Rusia. El gran príncipe seguía enfermo en Kieff y su hijo Wladimiro Monomaco había recibido el encargo de acudir allí donde por cualquier accidente pudiera presentarse un peligro. Así lo hizo el joven, con tanto valor y habilidad que el gran príncipe pudo al fin conseguir la ansiada supremacía. No es necesario descender á detalles, mereciendo tan solo ser mencionada una tentativa que hizo Wiberto de Rávena, siendo papa en 1089 con el nombre de Clemente III, para unir, no para someter, la iglesia ruso-griega con la latina. El entonces metropolitano de Kieff, Juan II, griego, contestó á ella con una carta, notable por la habilidad diplomática con que estaba escrita. Esta carta, bajo la apariencia de un celo cortesano, contenía una negativa formal, enumeraba los errores de la iglesia católica y emplazaba al Papa para ante el patriarca. Por lo demás, Juan envió al pontífice una embajada, cuyo presidente, un griego llamado Teodoro, regresó en 1091 de Roma portador de varias reliquias. Inocencio III quiso, cien años después, resucitar el plan de su antecesor, que había sido suspendido

porque las luchas entre el emperador y el pontificado habían desviado de Rusia la atención de la Santa Sede.

CAPITULO X

WLADIMIRO MONOMACO

Cuando en 13 de abril de 1093 falleció á la edad de 67 años Wsewolod, el último de los hijos de Yaroslaw, no se había aun resuelto ninguna de las cuestiones principales, de las cuales dependía el porvenir de Rusia. No se había conseguido establecer con carácter fijo un derecho de sucesión universalmente reconocido, ni se había logrado ventaja alguna de importancia sobre los enemigos del exterior, especialmente sobre los polowzes. En cambio, durante los últimos años del reinado de Wsewolod su imperio se había visto invadido por los nómadas y sobre él habían caído además otras desgracias, tales como grandes sequías, incendios de bosques y una peste horrorosa que ocasionó, solo en Kieff, 7,000 víctimas (desde mediados de noviembre de 1091 á 1.º de febrero de 1092), á cuyos males hay que agregar un eclipse de sol y un terremoto que llevaron el espanto á los ánimos. La gente dirigía al porvenir miradas de angustia y de temor; Wsewolod había sido el hijo predilecto de Yaroslaw, pero su reinado justificó muy poco las esperanzas que en él había cifrado su padre. Aquel gran príncipe dejó dos hijos, Wladimiro Monomaco y Rostislaw, á quienes correspondieron respectivamente Chernigoff y Pereyaslaw. El trono de Kieff lo ocupó Swiatopolk, hijo de Ysiaslaw, pues su hermano mayor Yaropolk había sido, como hemos dicho, asesinado. Fácil le hubiera sido á Wladimiro ceñirse la corona, pues además de ser el mas popular de los príncipes rusos, había alcanzado gran fama con la victoria obtenida sobre los polowzes, á quienes había derrotado dos veces en vida de su padre; pero este príncipe quiso respetar el derecho de primogenitura. Por eso Swiatopolk gobernó desde 1093 hasta 1114, por cierto no para bien de la nación rusa, la cual experimentó todos los males que sobre ella atrajeron los saqueadores bárbaros y las guerras intestinas. El cronista ensalza á Wladimiro por su moderación, pero hubiera sido mejor que, despreciando la organización antigua, se hubiese proclamado sucesor de su padre.

Swiatopolk era un hombre de carácter duro y violento, á quien faltaban en un momento dado la serenidad y la perseverancia. Al comenzar su reinado ya se distinguió por una lamentable violación del derecho de gentes, haciendo encarcelar á los embajadores de los polowzes que se habían presentado en su corte para firmar con él un tratado de paz. Como era natural, los ofendidos contestaron con una expedición guerrera tan formidable que Wladimiro y Rostislaw, que habían acudido con sus ejércitos al auxilio del gran príncipe, aconsejaron á éste que á todo trance comprara la retirada del enemigo. Sus consejos fueron desoídos y el día 23 de mayo de 1093 libróse la batalla en Trepol, junto al Stugna. Swiatopolk con los de Kieff formaba el ala derecha, y aun cuando lucharon en un principio valerosamente tuvieron al cabo que emprender la fuga. Vana era entonces ya la resistencia del centro y del ala izquierda: las fuerzas allí concentradas fueron arrojadas al Stugna, que había experimentado una gran crecida, y en cuyas aguas Rostislaw pereció ahogado á la vista de su hermano. Wladimiro y Swiatopolk lograron á duras penas salvarse, huyendo éste á Kieff y aquel á Chernigoff. Cuando al siguiente año Swiatopolk quiso atacar á los polowzes, fué por éstos tan completamente derrotado que solo él y dos de sus acompañantes pudieron llegar sanos y salvos á la capital. El enemigo obligó á la ciudad de Tortschek

á capitular y regresó á las estepas con muchos prisioneros y rico botín. De importancia secundaria son los hechos de haber el gran príncipe comprado la paz á los polowzes y de haberse casado con la hija del khan de éstos, Tugor, pues en aquel mismo año volvieron á invadir el imperio, mandados esta vez por un príncipe ruso, Oleg, hijo de Swiatoslaw, que durante aquel tiempo había vivido en Tmutarakan y consideró aquel momento oportuno para conquistarse un principado y hacer valer sus indiscutibles derechos. Oleg descendía del hijo segundo de Yaroslaw y la residencia de su padre había sido siempre Chernigoff, donde se encontraba entonces Wladimiro Monomaco, descendiente del hijo tercero de aquel. Los padres de ambos habían revestido la dignidad de gran príncipe: Oleg, por tanto, no era un *úgoi* y no quería dejarse tratar como tal. Era, pues, lógico que dirigiera sus ataques contra Chernigoff y contra Monomaco. ¿Qué resistencia había de oponerle éste? Todavía no se había repuesto de las pérdidas de la batalla del Stugna y su drushina había quedado reducida á cien personas, contando las mujeres y los niños. Esto no obstante resistió durante ocho días, después de los cuales se le permitió salir libremente de la ciudad para dirigirse á Pereyaslaw, donde pasó tres malos años, atacado de continuo por los polowzes. Oleg se estableció en Chernigoff, observando una conducta orgullosa y hostil á sus parientes. Era inminente un rompimiento, y Oleg ofreció el pretexto negándose á tomar parte en una campaña combinada contra los polowzes y haciendo que su hermano David invadiera la ciudad de Smolensko. Entonces estalló una lucha general que duró tres años y que se propagó por todo el imperio, desde Nowgorod hasta Murom y desde ésta hasta las estepas. Wladimiro Monomaco y sus hijos hicieron también por esta vez proezas, pero Oleg y sus hermanos David y Yaroslaw no cedían un palmo de terreno sin empeñar ruda lucha. Un hijo de Monomaco sucumbió en 1096 en una batalla, pero los otros dos hijos hicieron sufrir á Oleg la derrota definitiva. Las fuerzas de Oleg no quedaron tan agotadas que pudiera darse por terminada la guerra, pero los sentimientos conciliadores de Monomaco le inclinaron á ceder. La carta que, profundamente afectado por la muerte de su hijo, dirigió á Oleg, ha llegado hasta nosotros.

«Te escribo porque tu ahijado de bautismo (Mstislaw, hijo de Monomaco) me obliga á ello, pues me ha enviado uno de sus hombres con una carta en la cual me dice que nos unamos y firmemos la paz; que la suerte de su querido hermano se ha consumado, que no queramos tomar venganza, sino dejarlo todo en manos de Dios, ante cuyo tribunal hemos de comparecer, y que no causemos la ruina de Rusia. Esta resignación de mi hijo me ha enternecido, me ha hecho temer al Señor y pensar: — Si mi hijo, á pesar de su juventud y de su bondad, se muestra sumiso y lo deja todo en manos del Señor, ¿qué podré hacer yo, el mas pecador de todos los mortales? — Siguiendo, pues, los consejos de mi hijo, te escribo esta carta y quiero saber por tu contestación si los aceptas también ó los desprecias. Te he escrito y espero de tí que te mantendrás tranquilo y que interrogarás á tu conciencia. Nuestro Señor no es un hombre, sino el Dios Todopoderoso: lo que El quiere lo crea en un momento, y á pesar de esto ha sufrido insultos, ultrajes y golpes. El que es señor de vida y muerte. ¿Qué somos nosotros, hombres pecadores? Hoy vivimos y mañana moriremos: hoy nos vemos llenos de honores y de gloria y mañana nos veremos sepultados y nada sabremos. Hermano, piensa en nuestros padres. ¿Qué llevaron consigo sino lo que por sus almas hicieron? A tí te correspondía, hermano, dirigirte á mí con estas palabras. Cuando á mis ojos fué muerto mi hijo, que lo es tuyo, cuando tú viste correr su sangre, cuando viste su cuerpo que

se marchitó como flor apenas abierta y que tendido en el suelo parecía un inocente cordero sacrificado, hubieras debido pensar:—¡Ay, qué he hecho! por orgullo mundano he manchado mi alma con un pecado, anegando en lágrimas á un padre y á una madre.—Y hubieras debido hacer penitencia delante de Dios y enviarme á mi nuera, que ninguna culpa habia cometido: yo la hubiera abrazado, llorando á su esposo y el día de sus bodas: éste hubiera sido mi cántico de bodas, pues por mis pecados ni he visto sus primeras alegrías, ni sus desposorios. A Dios ruego que me la envíes cuanto antes: ella vivirá conmigo, como la tórtola que posada en el árbol llora muerto á su amado, y Dios puede consolarme. Medita el camino que han seguido los hijos de nuestros padres: la justicia de Dios les ha alcanzado. Si tú hubieras obrado como querías, apoderándote de Murom y no ocupando á Rostoff, nosotros nos hubiéramos retirado; pero juzga por tí mismo, ¿qué es lo que se convino, que tú vendrías á mí ó que yo iría á tí? Si tú hubieses dicho á mi hijo: «Convente con tu padre,» yo me hubiera diez veces convenido contigo. Que un hombre perezca en el campo de batalla no es extraño, pues nuestros antepasados murieron de esta suerte; pero él (Ysiaslao, el hijo muerto de Monomaco) no debia haber buscado lo desconocido, sumiéndome á mí en la tristeza. Así se lo dejaron hacer, por su desgracia, los jóvenes que le acompañaban.

»Si tú quieres humillarte ante Dios y firmar conmigo la paz, yo escribiré una carta leal y enviaré con ella un emisario ó papa; entonces tú podrás disfrutar tranquilamente de tus territorios y dirigir tu corazón á nosotros, que viviremos mejor de lo que hasta ahora hemos vivido: yo no soy enemigo tuyo ni quiero de tí tomar venganza. En Starodub no quise tu sangre, pero tampoco quiero consentir que mi hermano la haga derramar. Si miento, que Dios y la Santa Cruz me castiguen. Si mi pecado consiste en haber ido contra tí en Chernigoff, cuando eras amigo de los paganos, me pesa haberlo cometido. Ahora están contigo tu ahijado de bautismo y su hermano menor, que comen el pan de su tío: tú posees tu territorio (Murom). Decide, pues, y si quieres mátalos, que en tu poder se encuentran; pero yo no quiero nada malo; quiero solamente lo que sea bueno para nosotros, que somos hermanos, y para Rusia. El territorio de tu padre, que quieres conquistar, nuestra bondad te lo hubiera dado delante de Starodub. Dios me es testigo de que á este objeto nos pusimos de acuerdo con tu hermano, pero nada podía sin tí resolverse. Nada malo hemos hecho y solo le dijimos: Envíanos á tu hermano y podremos reconciliarnos. Si alguno de nosotros no quiere dar la salud y la paz á los cristianos, que Dios no conceda en el otro mundo paz á su alma.

»No te escribo impulsado por la necesidad, pues la suerte me es propicia; solo te escribo por amor de Dios, porque mi alma es para mí lo mas caro que tengo en este mundo.»

La entrevista de los príncipes, que tan ardentemente deseaba Monomaco, se realizó por fin en plena paz, reuniéndose en Ljubetsch, en el territorio de Chernigoff, en la orilla izquierda del Dnieper. A ella concurrieron el gran príncipe Swiatopolk, Wladimiro Monomaco, Oleg y David, hijos de Swiatoslao, David, hijo de Igor, y Wassilko, hijo de Rostislao, los cuales convinieron en que el gran príncipe conservara á Kieff y Turoff y Wladimiro á Pereyaslawl, Smolensko y Rostoff, recibiendo su hijo Mstislao á Nowgorod. Todo el territorio de Chernigoff con sus anexos fué cedido á Oleg, David y Yaroslao, hijos de Swiatoslao. De suerte que la mayor parte de los territorios del imperio correspondieron á los hijos del anterior gran príncipe. Faltaba todavía contentar á tres *isgois*, entre ellos los hijos de Rostislao, Wolodar y Wassilko: de éstos, el primero recibió á Peremischl y el

segundo á Terebowl, concediéndose por fin á David, hijo de Igor, los territorios de Wladimiro de Wolhynia. Polozk continuó perteneciendo á Wseslao, que no formuló otras pretensiones.

La entrevista celebrada por los príncipes en Ljubetsch proporcionó durante mucho tiempo la paz al asolado Norte de Rusia, pero fué causa de una gran catástrofe en el Sur. Entre los hijos de Rostislao, Wassilko habia heredado el espíritu guerrero de su padre, y tenia formados grandes proyectos. Ya en época anterior habia probado su talento militar en la guerra contra Polonia; y á la sazón, cuando parecian definitivamente terminadas las luchas con los tios, pensó en llevar á cabo un plan de gran trascendencia. Habia tomado á sueldo un número considerable de nómadas, y con ellos queria primero dirigirse contra Polonia, luego contra los búlgaros y por último contra los polowzes. No habia creído necesario dar cuenta de sus proyectos á sus vecinos el gran príncipe y David de Wolhynia, pero este último los sospechó, y creyendo que entre Monomaco y Wassilko existia una conjuración, supo convencer al gran príncipe de que cualquier demora podia traer consigo un peligro, y resolvió, de acuerdo con él, inutilizar al adversario. A este efecto, Wassilko, que hacia sus devociones en Kieff, fué llamado al palacio del gran príncipe, y, una vez en él, infamemente encadenado y conducido á Belgorod, donde se le privó cruelmente de la vista. No habiendo manera de sujetar á aquel hombre vigoroso, comprimiéronle el pecho con tablas y de esta suerte le fueron arrancados uno tras otro los ojos. La Rusia entera prorumpió en un grito de horror y de indignación: Monomaco llamó á sí á los hijos de Swiatoslao y todos juntos con sus ejércitos reunidos marcharon sobre Kieff. En vano procuró el gran príncipe echar toda la culpa de lo sucedido sobre David de Wolhynia: únicamente la intercesión del metropolitano y de la viuda de Wsewolod, madre de Monomaco, pudieron hacer que se mantuviera la paz, pero el gran príncipe tuvo que obligarse á ser él mismo el vengador de Wassilko. David, que era indudablemente quien mas culpa tuvo en aquellas crueldades, entregó á Wassilko á Wolodar y en 1099 vióse precisado, ante los ataques del gran príncipe, á huir á Polonia. Cuando el gran príncipe, despues de haber ocupado los territorios de David, quiso muy injustamente atacar al hijo de Rostislao, fué derrotado por Wolodar y firmó una alianza con el rey Koloman de Hungría. Entonces las alianzas sufrieron un cambio radical: David se unió con el hijo de Rostislao y con Boujak, khan de los polowzes, y derrotó por completo, en Peremischl, al gran príncipe y á su aliado. La guerra, que se hizo mas terrible por las continuas irrupciones de los polowzes, parecia hacerse interminable, pues David llevaba en ella la ventaja, cuando Monomaco convocó un segundo congreso de príncipes. En agosto de 1100, reunidos aquellos en Uwetitschi, en el territorio de Kieff, se convino en otorgar á David Igorewitz algunas ciudades y en dar la Wolhynia á Yaroslao, hijo de Swiatopolk. En cuanto á los hijos de Rostislao conservaron la libre posesion de sus territorios. De esta suerte quedó por mucho tiempo restablecido el orden, bien que la direccion de la política rusa apenas estaba ya en manos del gran príncipe, pues siempre se nos presenta Monomaco como su verdadero inspirador. El fué quien unió las fuerzas de los príncipes del Sur de Rusia para luchar contra los polowzes: entonces se nos ofrece una serie de campañas que en sus detalles han sido confundidas por las crónicas rusas. Por regla general, la ventaja estuvo de parte de los rusos, pero no sabemos que éstos tomaran disposicion alguna que condujese á inutilizar para siempre á sus inquietos enemigos. Estos, á pesar de la victoria conseguida por los rusos, les parecieron tan peligrosos que los

príncipes emparentaron con aquellos paganos. Ya hemos visto que el gran príncipe fué quien dió tan vergonzoso ejemplo: la idea de que tales matrimonios eran atentatorios al honor nacional habia desaparecido. Monomaco y los dos hijos de Swiatoslao, Oleg y David, casaron en 1107 á sus hijos con las hijas del enemigo, y á pesar de ello tuvieron que seguir luchando contra él en los siguientes años. En 1111 se inició una verdadera campaña contra aquellas correrías, que no obedecian á plan alguno, y Monomaco fué quien la dirigió. El ejército ruso, despues de haber atravesado el Dnieper y el Worskla, penetró en el interior del país enemigo, llegando hasta el Don. Los rusos se apoderaron de dos ciudades polowzes, de las cuales una, Sugrow, fué reducida á cenizas; despues pasaron el Don, y en 24 y 26 de marzo lucharon denodadamente: el primer día de combate terminó con una de aquellas victorias que nada deciden y de las cuales está llena la crónica, pero el segundo fué de verdadera importancia. Los rusos se encontraban á orillas del Sula, el último de los grandes afluentes que recibe el Don antes de precipitarse en el mar de Azoff, ocupando posiciones poco favorables: envueltos por los polowzes, trabaron sangrienta lucha, decidiéndose la batalla por el hecho de que Monomaco y David, que se mantenian en la reserva con el núcleo de sus drushinas, cayeron sobre el extenuado enemigo, que huyó precipitadamente poseido del mayor espanto. La tradicion rusa dice que los ángeles se adelantaron al ejército ruso y cegaron á sus adversarios. «¿Cómo habíamos de oponer resistencia?—decia un polowze hecho prisionero;—delante de vosotros cabalgaban unos con relucientes armaduras que os ayudaban.» En la narracion de los cronistas se refleja aquel entusiasmo religioso que entonces animaba á todo el Occidente de Europa, pero pronto dejó de notarse, sin que de él quedara huella alguna. Poco despues (16 de abril de 1113) falleció Swiatopolk. Su reinado habia sido agitado y funesto, pues habia originado incansables luchas en el Norte, en el Nordeste y en el Noroeste, y en cambio nada habia creado con carácter duradero. Solo la persona de Wladimiro Monomaco salvó al imperio de una total ruina. Swiatopolk habia sido poco amado, y menos aun lo fueron sus hijos, que, ambiciosos é injustos como su padre, oprimieron al pueblo. Un solo príncipe contaba con las simpatías de toda la Rusia, Wladimiro Monomaco. De derecho no le correspondia el trono de gran príncipe, sino á su primo Oleg de Chernigoff, hijo de Swiatoslao, y Monomaco parecia resuelto á reconocer este derecho. Como no hacia preparativo alguno para ir á Kieff y como Oleg se mantenía, en tanto, á la expectativa, estalló en dicha capital una sublevacion que, dirigida en un principio contra los judíos, de quienes se habia valido el difunto gran príncipe para sus fines fiscalizadores, amenazaba tomar mayores proporciones. Los de Kieff declararon que no querian por soberano á nadie mas que á Wladimiro, el cual en vista de ello se resolvió á aceptar. Wladimiro II Monomaco gobernó desde 1113 hasta 1125: no referiremos los detalles de su reinado, cuya parte esencial estriba en el hecho de que con su subida al trono de Kieff quedó excluida la familia de Swiatoslao, es decir, los Olegwitz, como entonces se decia, ó sean los descendientes de Oleg. El nuevo gran príncipe consiguió dominar sobre una gran parte de Rusia y prosiguió con fortuna las luchas contra los polowzes, contra los fineses del Norte y del Este y contra los polacos del Oeste. Durante su reinado, las estepas quedaron purgadas de polowzes, de tal suerte que, segun la tradicion, éstos fueron acorralados hasta el Cáucaso. Las relaciones que mantuvo con el imperio bizantino no han sido todavía claramente explicadas. Hijo de una princesa bizantina, habia conseguido casar á su hija María con Leon, hijo del infeliz

emperador Romano Diógenes, que en 1071 habia sido cegado y desterrado á una isla. Leon habia intentado alzarse contra Alejo Comneno, pero en 1116 fué envenenado por el emperador. Entonces sostuvo las pretensiones de su hijo Basilio, Monomaco, abuelo de éste, el cual envió al Danubio un ejército, que tuvo que regresar á su patria sin haber conseguido nada. Una tradicion posterior, conservada por influencia de Moscou, refiere que el emperador Alejo, para recompensar á los rusos por las devastaciones que habian llevado á cabo en Tracia, envió al gran príncipe una diadema y las insignias de la coronacion, y que el portador, Neophit, metropolitano de Efeso, ciñó la diadema al gran príncipe y le nombró czar, es decir, emperador.

Los contemporáneos nada saben de esto, siendo además inverosímil en sí mismo el hecho de que Constantinopla cediera á un gran príncipe, que no era muy peligroso adversario, un título por cuya exclusiva posesion tan codiciosamente habia velado aquel imperio. Sábese, en cambio, positivamente, que seis años despues de aquella supuesta campaña, es decir, en 1122, una nieta de Wladimiro Monomaco se casó con un príncipe griego de la familia de Romano.

Monomaco manifestó su mayor actividad guerrera durante los reinados de sus antecesores. Al hacerse cargo del gobierno contaba ya 61 años, y procuró evitar todas aquellas luchas que podian ser eludidas y solo apeló á la fuerza, tratándose de los demás príncipes, cuando fué de absoluta necesidad para la conservacion de su supremacia. En este sentido procedió en Minsk, en Nowgorod y en Wladimiro de Wolhynia. Mientras las circunstancias lo permitieron fué príncipe pacífico y á él deben atribuirse un sinnúmero de medidas organizadoras de gran importancia, entre las cuales pueden citarse las disposiciones legales, aceptadas luego por toda la Rusia, sobre los intereses usurarios y sobre los semi-libres ó *zakupi*. La nacion rusa habia sufrido lo que no es decible á consecuencia de las incansables guerras civiles y de las continuas irrupciones de los polowzes (1). Consecuencia de estas calamidades habia sido una miseria completa que alcanzaba mas especialmente á la gente poco acomodada. Como á ésta no le era posible reproducir el cultivo en su devastado pedazo de tierra, se lanzó sobre los bienes de los ricos, que habian querido reducir á aquellos labradores á una servidumbre completa, ó pidió dinero prestado, con lo cual se aumentaron rápidamente sus deudas y hubo de verse tambien reducida á la esclavitud. En este estado encontró las cosas Wladimiro, cuyo primer cuidado fué arreglar esta cuestion de manera que ninguna de las dos partes resultase perjudicada. Comenzó por regular las usuras y los intereses. Los judíos, que habian llegado á constituir en Kieff una verdadera potencia durante el reinado de Swiatopolk, habian hecho subir el interés del dinero al inusitado tipo de 120 por 100: Monomaco lo rebajó al 20 por 100 y ordenó que el que antes de la publicacion de la nueva ley hubiese pagado tres veces los tercios del interés de su deuda quedaba libre de ella: disposicion justa, pues en este caso el acreedor se habia reembolsado del capital con mas un interés de 20 por 100. Al propio tiempo desterró de Rusia á los judíos; pero esta medida, como era de esperar, no fué de carácter duradero. Mas difícil de resolver era la cuestion sobre los *zakupi* ó semi-libres, pero él la arregló, considerando en principio como libre al *zakup* (2) y dando validez al contrato á que estaba ligado: el *zakup* podia adquirir propiedad libre y no estaba sometido á la jurisdiccion de su señor. La situacion jurídica y material

(1) Chlebnikoff: *El Estado y la sociedad en los tiempos anteriores á los mogoles*, San Petersburgo, 1872, pág. 241 (en ruso).

(2) *Zakup* es una palabra eslava que significa monopolio, compra al por mayor. (N. del T.)

de esos semi-libres fué fijada de tal suerte, que ya no dependieron del capricho de sus señores: únicamente cuando se escapaban eran declarados siervos del todo. También se determinó la parte de responsabilidad que incumbía al siervo en la propiedad de su amo, lo que debía pagar y la porción de cosecha que le correspondía; de esta suerte el señor no podía explotar á los semi-libres que estaban sumidos en la miseria ni oprimirles hasta obligarles á ser siervos privados de todo derecho: medida benéfica y justa por la cual nunca será bastante alabado el gran príncipe. El sentimiento humanitario que de tales disposiciones se desprende está muy por encima de las tendencias de los príncipes rusos contemporáneos de Wladimiro, y nos explica por qué el pueblo conservó tan duradera y cariñosa memoria suya. El mismo espíritu presidió en el testamento de este gran príncipe, que reproducimos extractado, por considerarlo un documento importantísimo bajo el punto de vista de la historia de la civilización rusa.

«Al aproximarse mi fin, — escribe Wladimiro Monomaco en su testamento, — doy gracias al Todopoderoso por haber prolongado mis días: su mano me ha guiado hasta en mi vejez. Vosotros, queridos hijos míos, observad las doctrinas que este documento contiene. Si vuestro corazón no las aprueba, no condeneis mis intenciones; decid solo que he hablado sin razón.

»El temor de Dios y el amor á los semejantes son la base de todas las virtudes. Alabad al Señor, queridos hijos, y amad á los hombres. Ni los ayunos, ni el retiro, ni la vida monástica os salvarán; solo os salvará el ser bondadosos. No olvidéis á los pobres: cuidad de su sustento y pensad que todo es de Dios, que solo temporalmente os lo ha prestado. No enterreis ningún tesoro, porque esto no es cristiano; sed padres de los huérfanos, oid vosotros mismos en el tribunal á las viudas y no permitais que el fuerte perjudique al débil. No mateis ni al culpable ni al inocente, pues la vida del cristiano es sagrada. No pronuncieis en vano el nombre de Dios, y si solemnizais un juramento besando la cruz, no lo quebranteis... No abandoneis á los enfermos y no os repugne ver á los muertos, pues todos hemos de morir. Estimad las bendiciones de los sacerdotes y no los alejeis de vuestro lado; mostraos bondadosos con ellos, que así rogarán por vosotros. No seáis orgullosos, pensad que somos mortales: hoy vivimos y mañana podemos yacer en la tumba. Aborreced la mentira, los excesos y los placeres, pues son funestos para el cuerpo y para el alma. Respetad á los ancianos como á vuestro padre y amad á los jóvenes como hermanos vuestros. En vuestro hogar, atended á todo y no os fieis de los criados y empleados; de lo contrario, vuestros huéspedes hablarán mal de vuestra casa y de vuestra comida. En la guerra, sed activos, para que de vosotros puedan tomar ejemplo vuestros voivodas. Durante la guerra no os entreguéis á los banquetes ni á los placeres; no os retireis á descansar sin haber puesto en sus respectivos sitios á los centinelas de noche, pues un hombre puede entrar de repente en vuestra estancia: no depongais nunca las armas y montad precipitadamente á caballo. Cuando viajéis por vuestros territorios, no permitais que vuestros hombres injurien á las personas; allí donde os detengais, dad de comer y beber á vuestros huéspedes. Honrad sobre todo á vuestros convidados, así á los nobles como á los plebeyos, así á los mercaderes como á los embajadores, y si no podeis hacerles regalos, procurad contentarlos con manjares y bebidas, pues los convidados nos hacen en el extranjero una buena ó una mala reputación... Amad á vuestras mujeres, pero no os dejéis dominar por ellas. Conservad los bienes que os pertenecen y aprended lo que no sepa: mi padre sabía hablar cinco

idiomas... La pereza es la madre del vicio: guardaos de ella: el hombre debe estar constantemente ocupado. Cuando viajéis á caballo y no tengais nada que hacer, no os entreguéis á pensamientos frívolos; rezad vuestras oraciones de memoria, y si no otra plegaria, decid la mejor: ¡Señor, ten misericordia de mí! No os durmais sin haberos antes arrodillado en el suelo: si os sentís mal, haced tres reverencias en tierra. Que nunca el sol os encuentre en la cama: id temprano al templo para rezar ante Dios la acción de gracias de la mañana: así lo hacía mi padre; así lo hacen todos los hombres buenos... Luego se celebra consejo con la drushina ó se administra justicia al pueblo ó se va á cazar. Al mediodía echaos en el lecho, pues el mediodía lo ha dado Dios para descanso, no solo á los hombres, sino á los cuadrúpedos y á los pájaros. De esta manera ha vivido vuestro padre. Siempre he hecho por mí mismo aquello que hubiera podido mandar hacer á mis criados: en la caza como en la guerra, de día como de noche, en invierno como en verano, no descansé ni un momento. Yo no me he fiado de mis gobernadores ni de mis emisarios ni he consentido que las viudas y los huérfanos fuesen oprimidos por los poderosos: yo mismo he vigilado los templos y el culto divino, el hogar, las caballerizas, la caza y los halcones (1)... He emprendido ochenta y tres campañas, sin contar las de escasa importancia. He firmado diez y nueve tratados de paz con los polozes; he hecho prisioneros á mas de ciento de sus mejores príncipes, poniéndoles luego á todos en libertad; pero en cambio he mandado dar muerte ó hacer perecer ahogados á mas de doscientos. ¿Quién ha procedido mas rápidamente que yo? Cuando salía de Chernigoff al romper el día, llegaba á Kieff antes de la oración de la tarde... He sido muy aficionado á la caza, y con vuestros tíos he cazado algunos animales fieros. Con mi propia mano he cazado con lazo en la espesura de la selva muchos caballos bravíos (2). Dos veces he sido alcanzado por los cuernos del uro, el ciervo me ha derribado, el alce me ha pisoteado, un jabalí me arrebató la espada dejándome el puño en la mano, un oso me destruyó la silla y se arrojó sobre mí de tal manera que el caballo se cayó al suelo. ¡Cuántas veces he sido derribado!... pero el Señor me ha salvado siempre. Por esto, queridos hijos, no habeis de temer la muerte, ni la lucha, ni las fieras. Sed hombres, cualesquiera que sean los golpes que el Señor descargue sobre vosotros. Cuando la Providencia nos destina á la muerte no pueden salvarnos ni nuestro padre, ni nuestra madre, ni nuestros hermanos. Solo la protección de Dios es la esperanza de los hombres.»

Este notable documento, al lado del cual no pueden poner otro semejante las fuentes históricas alemanas de la misma época, no solo nos presenta una imagen fiel del modo de pensar y de vivir de Wladimiro, sino que es el punto de partida del nuevo período de lucha é intranquilidad continua que entonces se inició y que duró por espacio de cien años. En 1117 había otorgado Monomaco aquel testamento: ocho años despues, en 19 de mayo de 1125, dejaba de existir. La crónica acompaña esta noticia con las siguientes palabras: «Murió el príncipe ortodoxo, el gran príncipe adorador de Cristo, Wladimiro Monomaco, que había iluminado toda la Rusia, pues de él manaba la luz como mana del sol.

»Su fama voló por los países extranjeros: inspiraba especial temor á los paganos, amaba á sus hermanos y á los pobres y fué un buen mártir para Rusia. Su muerte acaeció en 19 de mayo; su cadáver fué enterrado en la iglesia de Santa Sofía,

(1) Los halcones eran también utilizados en cetrería.

(2) Seguramente los caballos bravíos que de las estepas se refugiaron en la selva.

junto al de su padre Wsewolod, y sobre su tumba se entonaron los cánticos acostumbrados. Todo el pueblo lloró por el santo y bondadoso gran príncipe como lloran los hijos á sus padres: lloraron sus hijos Mstislao, Yaropolk, Wiascheslao, Jorge, Andrés y sus nietos, y luego se separaron todos muy contristados; los príncipes se dirigieron cada cual á su Estado llorando amargamente: Monomaco había dejado un principado á cada uno de ellos.»

Una tradición, cuya veracidad no está muy comprobada (1), nos hace la siguiente descripción de Wladimiro Monomaco: «Era de hermoso rostro; sus ojos eran grandes y sus cabellos rojos y rizados; su frente alta, su barba ancha. No era muy corpulento, pero su cuerpo estaba vigorosamente conformado y su fuerza era extraordinaria. Tenía una habilidad especial para ordenar su ejército: había vencido y juzgado á muchos enemigos, y solo había sufrido una derrota, junto á Tripole: no quería pensar en ésta, ya porque en ella había perecido ahogado su hermano Rostislao, ya porque se avergonzaba de que la mala conducta de Swiatopolk hubiera sido causa de la desgracia.»

CAPÍTULO XI

DECADENCIA DE KIEFF É IMPORTANCIA CRECIENTE DE SUSDAL

Durante los cuarenta y cuatro años que siguieron á este período, en los cuales la consideración de que había gozado la sede de gran príncipe de Kieff fué menguando progresivamente hasta quedar poco menos que anulada, la supremacía pasó diez y ocho veces de una á otra mano, de manera que por término medio ningún reinado duró mas de dos años y medio. Con las guerras civiles que acompañaban á estos eternos cambios de trono corrieron parejas la devastación y el salvajismo del Sur de Rusia, que pronto no se encontró en condiciones de ser por mas tiempo el centro de la vida política. Una rápida ojeada sobre la historia política de aquellos funestos años nos permitirá comprender las causas de aquel desastroso movimiento. Ya hemos visto que Wladimiro Monomaco había ocupado el trono de gran príncipe en perjuicio de los mejores derechos de los príncipes de Chernigoff, los Olegwitz. Durante los últimos años de su vida no pensó en reparar esta injusticia ni se cuidó de dejar á sus descendientes el poder con arreglo á una ley de sucesión, que hubiera podido servir de contrapeso á las pretensiones que sobre el trono de gran príncipe sostenían los de Chernigoff. El imperio en su mayor parte fué dividido entre sus hijos: Mstislao, el primogénito, había recibido á Kieff y el Sur de Rusia, y sus hijos gobernaban en Nowgorod, Kursk y Smolensko; Yaropolk había obtenido á Pereyaslawl; Wiascheslao á Turow; Jorge á Susdal, y Andrés á Wladimir en Wolhynia. En cambio los príncipes de Polozk, es decir, la familia de Ysiaslao el mayor, eran independientes; en la Rusia Roja, es decir, en Galitzia, reinaban los Rostislawitz, y en Chernigoff los Olegwitz, á los cuales pertenecían además Murom, Rasan, el antiguo país de los wiatitsches y radimitsches y Tmutarakan, en el extremo Sudeste. Si los descendientes de Monomaco hubiesen permanecido unidos, si en Kieff hubiese habido un príncipe enérgico, de seguro que este gran principado, á pesar de su desfavorable situación junto á las estepas del Sur, hubiera conservado la preponderancia; pero nada de esto sucedió. Ciertamente el sucesor inmediato de Monomaco, Mstislao, á quien la historia de Rusia con razón ha dado el calificativo de Grande, — entonces nada había realmente grande en Rusia, — no solo supo conservar su posi-

ción, sino también conquistar para su hijo Ysiaslao á Polozk, cuyos príncipes huyeron á Grecia; pero á su muerte, en 1132, le sucedió su hermano Yaropolk, hombre valiente pero demasiado temerario y vacilante, que en virtud de un tratado cedió á Pereyaslawl al hijo mayor de su hermano y con ello le abrió la perspectiva de sucederle en Kieff. Obrando así ofendió á sus tres hermanos menores, pues con aquel acto se ponían en duda sus derechos sobre Kieff. Uno de ellos, Yuri ó Jorge de Rostoff, por sobrenombre Dolgoruki, es decir, larga mano, intentó sostener por medio de la fuerza sus pretensiones, y al proceder contra su tío encontró apoyo en los Olegwitz de Chernigoff, cuyo jefe Wsewolod Olegwitz había formado ambiciosos planes y se aprovechaba de las contiendas entre la familia de Monomaco para abrirse á sí mismo el camino que debía conducirle al trono de gran príncipe. La habilidad con que Wsewolod supo aprovechar tan triste situación le llevó á reinar en Kieff, desde 1139 hasta 1146. Sin embargo, despues de su muerte, su hermano, á quien había nombrado sucesor, fué destronado, é Ysiaslao, hijo de Mstislao á quien Wsewolod había prometido la sucesión por medio del juramento del beso en la cruz, se hizo cargo del gobierno, desde 1146 á 1154. La familia de Monomaco se despedazaba en continuas guerras civiles. Dos veces consiguió Yuri Dolgoruki arrojar de Kieff á su sobrino, el cual para conservar su gran principado consintió en que ejerciera junto á él en Kieff una especie de soberanía un hermano mayor de Dolgoruki. La situación se complicó mas todavía á la muerte de Ysiaslao. Durante una semana gobernó en Kieff su hermano, el príncipe Rostislao de Smolensko, pero luego fué expulsado de allí por un príncipe de Chernigoff, el cual á su vez tuvo que retirarse ante Yuri Dolgoruki, que gobernó hasta su muerte, acaecida en 1157. Este príncipe activo y poco simpático que, sin reparar en los medios, solo se había propuesto durante toda su vida el objeto que le seducía, dirigió sus ataques en todos sentidos y no supo granjearse amistades. Su soberanía era sufrida con impaciencia y en el Norte se preparó una gran coalición para destronarle. Los príncipes de Smolensko, Chernigoff y Wolhynia marchaban ya sobre Kieff y se aprestaban también á atacar esta ciudad los del Sur, del Este y del Oeste, cuando se supo que el gran príncipe había fallecido en 15 de mayo de 1157. Yuri Dolgoruki fué el último nieto de Yaroslao. La cuarta generación que iba á ocupar el trono presenció la completa decadencia de Kieff. En el mismo día en que fué enterrado Yuri, los de Kieff se arrojaron sobre sus partidarios, asesinandoles, saqueando sus casas y haciéndoles pagar todos los males que aquel príncipe durante su agitada vida había atraído sobre la capital, en la cual hicieron entonces su entrada los confederados. Uno de éstos fué gran príncipe, para dejar á los ocho meses el trono á otro, que solo se sostuvo en él cuatro meses. Así continuaron las cosas con estos continuos vaivenes, y en los ochenta y tres años que mediaron desde los referidos sucesos hasta la toma de Kieff por los tártaros, ocurrieron treinta cambios de gobierno. El trono sentía las influencias no solo de los intereses dinásticos, sino también de la opinión vacilante de los ciudadanos de Kieff y de los habitantes de las estepas, cada día mas poderosos. El signo evidente de la decadencia de Kieff es la circunstancia de que el mas poderoso príncipe de aquel tiempo, el hijo de Dolgoruki, Andrés Bogolyubski de Susdal, que por su edad debía ser indudablemente preferido, no se cuidó nunca de disputar el gran principado, pues con profunda mirada había conocido que el porvenir era no del Sur sino del Norte y por esto prefirió hacer valer desde allí su poderío. El centro fijo que fuera lazo definitivo de unión de toda la Rusia no podía existir sin una fuerza territorial, que no tenía ninguno de los príncipes

(1) Tatischeff, tomo II, pág. 229.